

## EL PROBLEMA RELIGIOSO EN LA OBRA NARRATIVA DE «CLARÍN»

### 1. LOS COMENTARISTAS ANTE ESTE PROBLEMA

Sobre ningún punto de la obra y pensamiento de Alas hay un estudio completo y exhaustivo. Esta desolación de bibliografía fundamental, al tener que estudiar las complejas ideas de nuestro autor sobre Dios y la Iglesia Católica, expuestas en su obra narrativa, nos coloca en una difícil situación. De existir un estudio suficiente sobre el personal sentir religioso de «Clarín», nuestras conclusiones deducidas de su obra narrativa, pondrían de manifiesto el margen existente entre lo que pensó y sintió el hombre, y dijo el narrador; pero ante tal ausencia ¿qué hacer?, ¿estudiar nosotros las ideas religiosas de Alas a través de su obra no narrativa y de los datos que nos han quedado de su vida, saliéndonos con ello de nuestro cometido?... ¿O atenernos exclusivamente a lo que haya sobre el caso en sus obras de creación, sin buscar más complicaciones?

Después de meditar mucho sobre este dilema, hemos dado por buena, y a ella vamos a atenernos, una solución intermedia. A saber:

1.º No haremos por nuestra cuenta un estudio detenido del

pensamiento religioso de «Clarín» a través de su vida y obras no narrativas, porque ello no va con la naturaleza del presente ensayo.

2.º Pero sí estudiaremos lo que otros autores han dicho en diversos artículos y ensayos sobre el pensamiento religioso de Alas a través de sus obras y datos de toda naturaleza, porque ello:

a) Podrá servirnos de guía al tratar del mismo negocio en las novelas y cuentos del autor.

b) Nos dará luz también, sobre ciertos secretos de la minería clariniana hasta ahora inexplorados.

Veamos primeramente el escrito más específico que hay sobre nuestro tema. Me refiero al artículo de Arboleya titulado: *Alma religiosa de Clarín*<sup>1</sup>.

Dice allí su autor que se propone: «Investigar la verdadera fisiología del autor de «Sermón perdido» desde el punto de vista religioso», pero no se propone: «espigar en las obras y escritos de cualquier género que este fecundo publicista nos ha dejado», sino que hará «la exposición en resumen de algunos datos que considero interesantes... cartas autógrafas que están en mi poder o por haberlo recogido yo (los datos) directamente en mi trato con el famoso escritor». Veamos ahora qué datos son estos:

(Resumimos). 1.º Le dijo don Leopoldo que deseaba que su hijo (Leopoldo) comulgase todos los domingos, ya que ese día sería mejor que el precedente. (Entonces, hasta Pío X, esta frecuencia en comulgar era inusitada).

2.º «A este escritor preocupaba hondísimamente la cuestión religiosa y sobre todo, preocupaba de un modo obsesionante la cuestión central, la referente a la divinidad de Jesucristo»... «Dominado de una manera, a primera vista impropia de un espíritu superior e independiente como el suyo, por Renan, del que se declara a todas horas discípulo y admirador incansable, seguía a su

---

<sup>1</sup> «Revista Quincenal». Julio 1919,

maestro hasta el deísmo aunque no paraba ahí. Mejor dicho, «Clarín» creía de buena fe que tampoco pasaba de ahí el falsificador acicalado y desaprensivo de la vida de Jesús, no veía en su deísmo verbalista lo que era realmente: la vestidura aristocrática del ateísmo. Nuestro crítico, tan sagaz y penetrante en otras ocasiones, tomaba en serio las oraciones y frases místicas de Renan, que en fin de cuentas, sólo las utilizaba como atavíos de mero adorno... «Renan le fascinaba, le arrastraba, le dominaba, pero no le convenía o por lo menos no le aquietaba. Algo así como las personas miedosas que cantan cuando están solas para animarse, el autor de los «Paliques» soltaba de vez en cuando en sus escritos ráfagas de incredulidad, como para dar la sensación de que estaba tranquilo».

3.º Que en una velada necrológica por Campoamor que se dió en el teatro de este nombre, «Clarín», que hablaba, dijo: «Yo no defiendo a las sotanas, yo no digo que estén todas ellas libres de manchas, pero ¿cómo están las levitas, cómo están las chaquetas, cómo están las blusas?»

4.º Cita distintas y anecdóticas finezas de «Clarín» con sacerdotes inteligentes; dice que mandaba decir misa los días festivos en su residencia de verano; de cómo pidió al obispo indulgencias para el alma de su madre y cómo rezaba «padres nuestros» por ella, etc.

5.º Como murió Alas casi de repente no pudo confesar; la familia solicitó enterrarle en el cementerio católico y le fué concedido.

6.º Que «Clarín», en cierta ocasión, escribió al Prelado con muy injustas razones.

Las conclusiones que se nos alcanza de este artículo del sacerdote Arboleya Martínez, son un tanto indefinidas. Veámos:

1.º Oficialmente, por el clero inculto y pueblo, Alas era reconocido como ateo, hasta el extremo de que fué preciso pedir permiso especial para enterrarle en el cementerio católico. Sin duda, este concepto se basaba en sus «ráfagas de incredulidad», en

su injusta carta al prelado, y en su desparpajo naturalista hablando de los curas como si fuesen juanes particulares.

2.º Los espíritus cultivados como Arboleya, al analizar a «Clarín» más finamente, observan en él una serie de contradicciones de difícil cualificación. A saber:

a) Estaba hondamente preocupado por el problema religioso.

b) Pero se mostraba completamente acatólico dudando de la divinidad de Jesucristo y llegando al deísmo como discípulo de Renan.

c) Frente a esto, hace comulgar a su hijo, reza por su madre manda decir misas en su casa, etc.

De ser exactas, como no hay que dudar, estas aseveraciones de Arboleya, en tocante a religión «Clarín» fué hombre inestable y estuvo a merced de plurales mareas, ora circunstanciadas por el pensamiento, ora por el sentir.

Veamos a continuación algo de lo que dice «Azorín» a este respecto:

«Clarín, naturalista convencido al principio, va convirtiéndose poco a poco en idealista fervoroso... puntos capitales para su estudio son, por ejemplo: La crítica de «Mensonges», de Paul Bourget (en «Mezclilla» 1889); su discurso pronunciado en la Universidad de Oviedo en 1891 (sobre todo las páginas 101-104, dedicadas a la enseñanza religiosa); la crítica del libro «La unión latina», de Ordóñez, en «Ensayos y Revistas» (1892); el final de la novela «Cuervo» publicada el mismo año y una lección suya reproducida en la «Revista Popular» (Oviedo, julio 1901).

«Algunos de estos textos, sumamente importantes, nos autorizan a ver en el pensamiento de «Clarín» un espiritualismo cristiano, algo parecido al profesado, verbigracia, por un Cousin, o por un Villemain, o por un Víctor Duruty; pero sentada ya esta hipótesis, nos salen al paso esas postreras y maravillosas páginas citadas de «Cuervo» y entonces nos encontramos con un panteísmo estético o un esteticismo panteísta, a la manera del expresado por

Flaubert en «La tentación de San Antonio» mejor que en ningún otro libro. En resumen, Leopoldo Alas osciló entre la tradición y la novación. Fué un ecléctico sutil y delicado; le atraía lo nuevo; tenía un espíritu de rebeldía, de insumisión. Pero al propio tiempo sentía una tierna añoranza por el pasado, por la pretérita lejanía. Si entre las dos contrarias tendencias pudo haber desequilibrio al comienzo de su carrera, ya al final había llegado Alas a una fusión armónica y cordialísima, llena de luz y de amor.»<sup>2</sup> Y pone como símbolo de ello su cuento «El sombrero del señor cura».

¿Qué conclusiones sacamos de estas líneas de «Azorín». Veamos:

- 1.º Naturalista convencido.
- 2.º Idealista fervoroso y espiritualismo cristiano (1889-1901).
- 3.º Panteísmo estético o esteticismo panteísta.

Resumen: Ecléctico sutil. Le atraía lo nuevo, pero sentía tierna añoranza por el pasado; con rebeldía al principio y fusión armónica después. Vg. «El sombrero del señor cura».

A nadie pueden repugnar por excesivas estas apreciaciones de «Azorín» sobre el pensamiento religioso de Alas y su *trayectoria espiritual: en conjunto son muy comedidas* y nominadas con vocablos anchísimos y cómodos... «naturalismo»... «espiritualismo cristiano»... «panteísmo estético»... «eclecticismo de novación y tradición». Nadie podría tomar actitudes tajantemente negativas frente a cualquiera de estos asertos. En otra ocasión<sup>3</sup>, «Azorín», dice: «Podemos definir sus pensamientos como un espiritualismo laico. Concretar, delimitar este espiritualismo laico sería cosa difícil»... Desde luego —decimos nosotros— resulta difícil de concretar, y, sobre todo, casar este *espiritualismo laico* con aquel *espiritualismo cristiano* ya mencionado, pero a pesar de la aparente paradoja, para el lector habitual de «Clarín», estos dos *espiritualismos* poseen una sutil iden-

<sup>2</sup> «Azorín». «Clásicos y Modernos». págs. 94 y 95.

<sup>3</sup> «Azorín». Páginas escogidas de «Clarín». Proceso de «Clarín» Biblioteca Calleja. Ed. 1917. Pág. 112.

tividad. En este mismo escrito, «Azorín» nos da todavía otra nueva denominación, que a pesar de sus diferencias nominales con las ya apuntadas, todas tres son exponentes de una sola intuición. Dice que en Alas hay: «marcas indelebles de un espíritu profundamente religioso»<sup>4</sup>.

Las notas que de «Azorín» y de Arboleya hemos entresacado tocantes al problema religioso de Alas, al menos son sugerentes, dan al lector elementos de juicio para que él se forme una composición más o menos elástica. Ninguno de los dos comentaristas ha estudiado el caso con minucia, ni se lo han propuesto, pero de sus escritos emerge una intuición sincera y, sobre todo, en «Azorín», acerada, de que en «Clarín» es muy difícil atenerse a nada concreto en tocante a religión, todo oscila y toma formas varias, de difícil catalogación. No nos producen la misma impresión honrada los asertos un tanto dogmáticos del señor Sainz Rodríguez. No dudamos de su buena intención al intentar perfilar el problema religioso de nuestro «Clarín», pero el error parte de la misma naturaleza del propósito. El pretender canonizar, nada menos que el pensamiento religioso de un hombre de las dimensiones de Alas, siempre es peligroso, máxime si para ello se parte de una obra de imaginación o de cualquier texto del autor en el que la sinceridad en este sentido no sea obligada. Sainz Rodríguez, al estudiar religiosa-filosóficamente a «Clarín», lo hace sobre el siguiente esquema<sup>5</sup>:

1.º Alas fué un muchacho religioso y romántico que partió de Asturias, conoció a las eminencias madrileñas y fué profundamente influido por la filosofía krausista.

2.º Mientras, el pensamiento filosófico de Alas hace alarde de un escepticismo puramente literario y satírico... Coincide con su entusiasmo por el naturalismo puro en la novela.

---

<sup>4</sup> «Azorín». Páginas escogidas. Ed. cit. Pág. 113.

<sup>5</sup> Sainz Rodríguez. «La obra de «Clarín». (Discurso en la Universidad de Oviedo. Curso 1921-22).

3.º El idealismo y la religiosidad de «Clarín» se acentúan con el tiempo y en los últimos años se refleja en toda su obra literaria... «Entonces llega a la madurez en su estilo preciso, lleno de fluidez y transparencia, expresión perfecta de aquella manera aristocrática, que conserva en su fondo todo el idealismo de los años juveniles, sin la forma alborotada de entonces, unido a un cierto tono gris de la lejanía, producto de la melancolía suave que siempre llega en el otoño de la vida a los hombres que han pensado y sentido mucho».

Estos tres momentos los documenta Sainz con abundantes y fragmentadas citas de la obra narrativa y no narrativa de Alas. Entre dichas citas no está un famoso cuento de «Clarín», llamado «Viaje Redondo», cuyo análisis inmediato estimamos que merece la pena. Veamos.

Como se recordará, en esta breve narración, se traza la gráfica del pensamiento religioso de un intelectual, a través de toda su vida. Durante la niñez, el protagonista está completamente sumergido en la fe que le inculcaron sus mayores. Pero después: «El hijo tenía entonces veinte años. Venía del mundo, de la disputa de los hombres... Su alma no se había separado de la fe de su madre en arranque brusco... Leía, estudiaba, oía a maestros de todas las escuelas, su absoluta sinceridad de pensamiento le obligaba a vacilar, a no afirmar nada., su alma de poeta seguía siendo cristiana a los olores del templo aldeano, su frescura, su sencillez y silencio místico; aquella atmósfera de reminiscencias voluptuosas de la niñez creyente y soñadora lo embriagaban suavemente... El argumento poético de la fe se le iba alejando como una música guerrera que pasa, que habla cuando está cerca de entusiasmo patriótico, de abnegación feliz, y después, al desvanecerse en el silencio lejano, deja el puesto a la idea de la muerte solitaria... Así aquel pensador sincero, se queda solo en el desierto de las dudas... Lo que fuera verdadero, aunque fuera horroroso, eso había que creer.. pero el corazón se arrugaba, encogiéndose. Dudando así escapaba la vida... quedaba la naturaleza. Y el pensador, que ya no espera-

ba nada del amor, del cielo vaporoso, fantástico, se puso a amar el terruño y su producción con la cabeza inclinada al suelo. Fué geólogo; fué botánico; fué fisiólogo. El mundo natural, sin la belleza de sus formas aparentes, todavía puede mostrarse grande, poético, pero triste, a veces horroroso... La Naturaleza llegó a figurársele como en infinita orfandad, el universo sin padre daba espanto por lo azaroso de su suerte...»

«... Pasaba la vida y como una miopía racional, el espíritu iba sintiéndose separado por tinieblas, por velos del mundo exterior, plástico; volvían con más fuerza que en la edad de los estudios académicos, las teorías idealistas a poner en duda, a desvanecer entre sutiles lógicas, la realidad objetiva del mundo; y volvía también, con más fuerza, la peor de las angustias metafísicas, la inseguridad del criterio, la desconfianza de la razón, dintel acaso de la locura».

«... En una crisis del espíritu las cosas empezaron a tener un doble fondo que antes no le conocía... Volvía de otra manera la fe; los símbolos seguían siendo venerables sin ser ídolos; había una dulce reconciliación sin escrituras ni estipulaciones»..., etc.<sup>6</sup>

¿No son éstos —preguntamos nosotros— desarrollados morosamente, humanamente, los tres momentos del pensamiento de Alas que esquematiza el señor Sainz Rodríguez? Nos parece que sí. ¿O es que no leyó este cuento un conocedor tan perfecto de la obra de «Clarín» como es Sainz Rodríguez?... Cabe, sin embargo, la rara posibilidad de que no lo leyese y llegase a su dicha clasificación por otros conductos. Ello puede ser. Por lo pronto, volvamos a nuestra suposición de que este cuento, más o menos conscientemente, influyó en los asertos de Sainz sobre el pensamiento religioso de Alas. Y al hacerlo se nos presentan las siguientes cuestiones: ¿Encierra este cuento la suficiente veracidad autobiográfica para considerarlo como un documento del pensamiento clariniano? Siempre es arriesgadísimo tomar una obra de creación co-

---

<sup>6</sup> «Cuentos Morales». Ed. España. Editorial Madrid. 1896. Pág. 265.

mo referencia biológica. Puesto a hacer cábalas podríamos decir:

1.º Alas, por un imperativo de sinceridad, pudo plasmar en «Viaje redondo» todo su personal proceso religioso a través de su vida. En este caso difícilmente probable, si Sainz Rodríguez contó con él, acertó.

2.º «Viaje redondo», puede tener solo algo de verdad.

3.º Ser una absoluta invención.

4.º Puede ser una idea tomada de otro autor.

Estábamos preocupados con estas cuestiones, cuando rele-  
yendo sin propósito determinado el primer tomo del «Epistolario  
a «Clarín»<sup>7</sup>, en una carta de Miguel de Unamuno dirigida a Leo-  
poldo Alas el 31 de mayo de 1895, leemos lo siguiente:

«Hace tiempo que tengo en proyecto escribir un cuento que  
se reduzca a esto: Llega a Madrid un muchacho llevando en su alma  
una honda educación religiosa y sentimientos de delicada reli-  
giosidad. Bajo esa capa protectora que le aísla de cierto ambiente  
se robustecen sus sentimientos morales de profunda seriedad de la  
vida y llega un día en el que no necesitando de la cubierta y re-  
sultando pequeña ésta, la rompe. En puro querer racionalizar su  
fe la pierde (así me sucedió). Como lleva a Dios en la médula del  
alma no necesita creer en El, es acto reflejo; todo ello ha sido la-  
bor interna, y hondamente religioso, no necesita ser creyente. Pe-  
ro va al mundo, choca con uno y con otro, tiene que luchar y lu-  
cha y sus energías y sentimientos morales van desfalleciendo y  
siente cansancio, y que el mundo le devora el alma. Entra un día  
en una iglesia a oír misa y el recinto, las luces, los niños junto a él,  
la muchedumbre que oye en silencio una cosa silenciosa, el am-  
biente todo le transporta a sus años de sencillez, le saca de las  
honduras del alma estados de conciencia enterrados en su subcon-  
ciencia, le vuelve a una edad pasada, le evoca por asociación un  
mundo de pureza adolescente y siente que sus sentimientos mo-  
rales se vigorizan al contacto de la vieja capa tibia aún con el ca-

---

<sup>7</sup> Epistolario a «Clarín». Ed. Escorial. Madrid. Pág. 53.

lor antiguo. Sus energías morales se corroboran envolviéndose en sus pañales, volviendo a la tierra que cubrió sus raíces. Y cobra una fe nueva y oye misa sin ser creyente oficial, se toma baños de pureza juvenil».

Las líneas generales del tema son las mismas en el argumento pensado por Unamuno y en el cuento de Alas. Por otra parte la correlación de las fechas es significativa para el menos malicioso. La carta de Unamuno está fechada, como dijimos, el 31 de mayo de 1895. El cuento de «Clarín» está publicado en el Almanaque de «La Ilustración Española y Americana» de 1896; es decir, unos meses después. ¿Qué hemos de pensar en este caso? Si desechamos la idea de que «Clarín» le tomase el tema a Unamuno ¿son suficientes para explicar esta identidad la analogía que en lo religioso han señalado algunos autores existir entre Alas y D. Miguel? No cabe duda, que, como muy bien decía M. Fernández Almagro<sup>8</sup>, «cuando tratamos de ciertos aspectos de «Clarín» automáticamente pensamos en Unamuno. También Leopoldo Alas agoniza en lucha que, andando los años, le llevarían a sentir cada vez más necesidad de oxigenar de Dios su alma». Sin embargo, todo nos parece demasiada casualidad y además, dentro de esta posición, que como dice Eugenio d'Ors<sup>9</sup> «permite reunir religiosidad sentimental con heterodoxia poética... en «Clarín» el caso ya parece más complejo».

¿Qué diría Unamuno de este cuento de «Clarín»? Lo ignoramos. La carta de fecha inmediatamente posterior a la que nos ocupa, que figura en el tomo citado, es posterior en varios años. No nos cabe duda de que Unamuno y «Clarín» se mueven en lo religioso describiendo elípticas que son entre sí mucho más que secantes, pero ello no es suficiente... Podría pensarse también, aunque ello no haga sino rebajar el hecho al nivel de lo subconsciente, que las ideas expuestas por Unamuno en su famosa carta, fue-

---

<sup>8</sup> «Leopoldo Alas y «Clarín». «Insula». 15 de julio de 1948.

<sup>9</sup> «Novísimo Glosario». «Arriba». 15 octubre 1947.

ron asimiladas por Alas, porque en parte su carne eran, luego olvidado su origen y al fin emergidas en el cuento «Viaje redondo» sin conciencia plena?

Todas estas vueltas: Sainz Rodríguez, «Viaje Redondo», y carta de Unamuno, no llevan más fin que poner en cuarentena los asertos de Sainz Rodríguez respecto a la trayectoria ideológica de Alas, caso de haberse basado para sus teorías en el «Viaje redondo» como parece... Y si, como es casi seguro, «Clarín» se basó para escribir dicho cuento en la carta de Unamuno, Sainz Rodríguez se valió sin saberlo de una idea de don Miguel de Unamuno, para diagnosticar el sentimiento religioso de Alas.

Pero veamos que dicen otros autores del pensamiento religioso de nuestro «Clarín».

Juan Antonio Cabezas, publicó en el año 1936 una biografía de Leopoldo Alas<sup>10</sup>, bastante agradable de leer, por cierto, aunque no demasiado rigurosa. En este ameno y bonito libro, Cabezas, apoyándose en diversas fuentes (testimonios de coetáneos de Alas, cartas, artículos, narraciones, ensayos, etcétera), toca, como era de rigor, el espinoso punto de la religiosidad de Alas. Y es curioso que Cabezas, al referirnos aquí aquel momento de la evolución ideológica del catedrático asturiano, que bien podría equipararse con el segundo grado de la clasificación de Sainz Rodríguez, aquél en el que Alas, influído por los filósofos e intelectuales de Madrid va a sentir el primer choque del racionalismo con su formación religiosa, ponga por eje del proceso una frase del «Viaje redondo». Dice Cabezas<sup>11</sup>: «En el alma de Leopoldo ha empezado una batalla ideológica que durará veinte años. En las tertulias de sus amigos—todos liberales-krausistas—iba dejando su sentimentalismo poético. En las cátedras, silenciosa y enconada, se desarrolla la lucha que iba a torturar su generosa ju-

---

<sup>10</sup> J. A. Cabezas. «Clarín» el provinciano universal. Madrid. Espasa.—Calpe 1936. (Vidas españolas del XIX).

<sup>11</sup> J. A. Cabezas. Obra citada: Pág. 66.

ventud. Sin embargo, su alma no se separa de la fe de su madre en un ataque brusco. La lucha es silente y dolorosa, pero se prevee el final».

Sí, esta es la frase que entrecomilla Cabezas, denotando con ello que procede del mismo «Clarín»—de «Viaje redondo»—pero en realidad copia algunas palabras más de dicho cuento que no aparecen en cursiva. Dícese en «Viaje redondo»<sup>12</sup>: *Su alma no se había separado de la fe de su madre en un ataque brusco.*

Dice Cabezas: «Sin embargo su alma no se separa de la fe de su madre en un ataque brusco».

De la parte no subrayada, apenas ha hecho otra cosa Cabezas que cambiar el tiempo del verbo «separar»: *Se separa* por *había separado* que dice Alas... Pero aún hay más evidencias solo en parte confesadas: «En las cátedras, silenciosa y enconada, se desarrolla la lucha que iba a torturar su generosa juveniud»—dice Cabezas—. Y «Clarín»: «*Padecía* en tal estado, consumía en luchas internas la energía de su *juventud generosa*».

Por estas concomitancias y otras que ahorro al lector, se llega a la absoluta conclusión, de que Cabezas, para estudiar el problema religioso de Alas, cayó en el espejismo que Sainz Rodríguez: El famoso «Viaje redondo». ¡Qué fácil hubiera sido todo y qué intocable—dentro de la irresponsabilidad que supone el basarse en obras de imaginación para juzgar la intimidad del autor—sin esa endemoniada carta de Unamuno, que desautoriza la tesis de estos estudios, tan loables por tantas cosas! El paralelismo sigue, si no literal, sí conceptual, cuando Cabezas señala otro momento de la evolución ideológica de Alas, coincidente con el tercer grado que señaló Sainz Rodríguez. Según Cabezas, este momento, es decir, el de la reconversión de Alas, está expuesto en el cuento «Cambio de luz». Dice: «Nos ofrece, en un cuento—«Cambio de luz»—los más ocultos matices del proceso íntimo, de la transformación psi-

---

<sup>12</sup> «Cuentos morales». Ed. cit. Pág. 268.

cológica que había sufrido su espíritu»...<sup>13</sup> Y como consecuencia de esta crisis, «Clarín» acaba refugiándose: «En el cristianismo idealista. No el catolicismo político... etc.»<sup>14</sup>. Pero para estos efectos—decimos nosotros—recuérdese también el final del repetidísimo «Viaje redondo»: «Volvía, de otra manera, la fe; los símbolos, seguían siendo venerables sin ser ídolos; había una dulce reconciliación sin escrituras ni estipulaciones... Lo que no volvía era el entusiasmo ardiente, la inocencia graciosa en el creer, etc.»<sup>15</sup>.

Por lo dicho hasta ahora, la apreciación de Sainz Rodríguez y la de Cabezas al respecto que nos ocupa, carecen en gran parte de autoridad para quien desee conocer con rigor la biografía espiritual de Alas.

Sin duda alguna, el comentarista de «Clarín» que iguala en altura y penetración a «Azorín», es César Barja. Sus breves pero enjundiosas páginas dedicadas a nuestro autor<sup>16</sup> están cuajadas de aciertos, a nuestro entender, en todos los puntos que toca. Respecto al asunto que nos ocupa dice lo siguiente: «Los años alrededor de 1890 pueden servir de frontera entre el naturalismo de la primera época del autor y el idealismo ético y estético a que cada vez tiende más en su segunda época y que al fin de su vida se penetró de espiritualismo religioso. Esta doble caracterización, seguida y aun expresamente reconocida por el propio autor en el transcurso de su obra es también la más comunmente repetida, y es, sin duda, exacta en lo principal. *Únicamente se nos ocurre observar que acaso la división en esas dos épocas resulte más precisa referida a la caracterización, no tanto de la vida del autor ni a un número fijo de años, como a tales o cuales de sus obras en particular.* Esto es, que, exceptuada «La Regenta», en las restantes narraciones del autor, aun las escritas por los mismos años en que se publica esta obra como en

---

<sup>13</sup> «Cambio de luz». (El Señor y... lo demás son cuentos). Ed. M. F. de la Santa. Pág. 69.

<sup>14</sup> J. A. Cabezas. Obra citada. Pág. 138.

<sup>15</sup> «Viaje Redondo». Ed. cit. «Cuentos Morales». Pág. 275.

<sup>16</sup> «Libros y autores modernos». Los Angeles 1933. Páginas 37 y 55.

las indicadas en el volumen «Pipá» (1879-1884) y antes en algunas de las narraciones incluídas en los «Solos», para no recordar los versos románticos de los primeros años e igual en la posterior novela «Su único hijo» (1890), si en varias de esas narraciones hay, como indudablemente así es, su parte de naturalismo, en la técnica, en el ambiente, en el tema, hay no menos buena parte de ese idealismo ético y estético de la segunda supuesta época». Cita a continuación una frase del prólogo que a sus «Cuentos Morales» puso el mismo «Clarín»: «Mi leyenda, mis ensueños de la Idea Divina, ya empezaron cuando empezaban mis ensueños amorosos de Don Juan por dentro. Y a todas mis Dulcineas 'es he ido siendo infiel; y mi idea de Dios queda, se engrandece, se fortifica, se depura».

Ante el dogmatismo estrecho de los dos comentaristas anteriormente examinados, agrada esta amplitud matizada, que al hablar de naturalismo e idealismo religioso, se atiene exclusivamente a la obra narrativa de Alas, para emitir su opinión, claro está que sobre el escritor y no sobre el hombre.

En el capítulo que aquí concluye, quedan expuestas resumidamente las teorías dadas por los comentaristas más sobresalientes sobre el pensamiento religioso de Alas, entresacados de su obra de toda naturaleza. Ellas, y es lo que pretendemos, habrán aclimatado al lector suficientemente al problema, para ahora poder entrar con cierta comodidad en las páginas siguientes, donde se expondrán nuestras deducciones personales del pensamiento religioso de Alas, en y a través de su obra narrativa, exclusivamente.

## 2. EL PROBLEMA RELIGIOSO EN «LA REGENTA»

No es esta la obra más apropiada para estudiar con objetividad las ideas religiosas de Alas en su obra narrativa, pero por razones cronológicas hemos de examinarla en el lugar que conviene. La técnica naturalista, con que está concebida esta novela; sus pre-

juicios, por ende, de buscar el «documento»; el referirse a una clase social poco simpática para el autor y el hecho de que la clerecía juegue un papel importante en su composición, diluyen a cada instante la posibilidad de conseguir conclusiones notables... pues, a nuestro juicio, sería irresponsable el dejarse llevar por lo más grueso, es decir, por el anticlericalismo, más aparente que real, que emerge de la novela en su conjunto. Por otra parte, el hecho de ser esta la primera novela grande del autor, hecha en plena juventud, la ha cargado de cierta violencia y energía que, con su aparatoso fragor, encumbra mucho el habitual pulso del autor en el aspecto religioso, tal como se aprecia en sus demás obras.

Antes de continuar, nos importa fijar que en toda «La Regenta»—como en cualquier obra de «Clarín»—no es fácil encontrar el menor desprecio por la Divinidad. Por el contrario, parece querer sugerirnos el autor que ve y describe el bullir de sus personajes desde el pedestal de la verdadera justicia y pureza evangélica. Pese, por ejemplo, a lo casuístico que parece la caída de Ana Ozores, jamás la desampara el autor con su simpatía, como si más allá de todos los tropiezos que le puso la vida para que cayese, estuviese su pura y limpia voluntad de salvar el pecado; estuviesen los piadosos ojos de Dios que la perdonaban comprendiendo la debilidad de Ana frente a tantos obstáculos y vejaciones impuestos, entre otros agentes, por un sacerdote. Cuando entre los escasos resquicios que dejan los objetivismos del «documento», entrevemos al autor, sus palabras o... halo de palabras—sugerencias—no dejan lugar a dudas de esa permanente preocupación religiosa que presidió la obra de Alas en todas sus épocas. Veamos:

«Aquellos cinco versos despertaron en el corazón de Ana, lo que puede llamarse el sentimiento de la Virgen, porque no se parece a ninguno otro»<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> «La Regenta». Obras selectas de L. A. «Clarín». Ed. Biblioteca Nueva. Madrid 1947. Pág. 65.

En alguna ocasión se transparenta el sentimiento de un cristianismo puro y primitivo, a lo Renan, que tanto seducía a «Clarín»<sup>2</sup>: «... Con cien nombres de la disciplina, muchos de los cuales significaban en la primitiva Iglesia, poéticos, puros objetos de culto y del sacerdocio, se disfrazaba allí la eterna cuestión del dinero: Ex-polios, vacantes, etc.».

En otro lugar asoma el autor con su religiosidad, más o menos ortodoxa, pero nunca abandonada, en las cinco palabras que subrayamos: «Mesía, melancólico, pasando a tragos la nostalgia de lo infinito, *que también tienen los descreídos a su modo*»<sup>3</sup>.

Más ejemplos: «Ella (Ana) comprendía ahora toda la grandeza de aquella religión dulce y poética, que comenzaba en una cuna y terminaba en una cruz ¡Bendito Dios»<sup>4</sup>.

«A pesar de la miseria del arte, la estatua supina, por la grandeza del símbolo, infundía respeto religioso... representaba a través de tantos siglos, un duelo sublime»<sup>5</sup>.

No precisamos más citas para convencernos una vez más de que el sentimiento religioso de Alas, con todas las limitaciones dogmáticas que se quieran, está patente en todas sus obras empezando por «La Regenta», como debió de estarlo en su sentir personal, a pesar de las graduadas clasificaciones de ciertos comentaristas. Es cierto que aquí son tan sutiles las pruebas de este sentimiento, por las causas que dijimos más arriba, que se escapan a los ojos del lector poco escrupuloso, se escapan y naufragan entre negaciones más ostensibles que distraen. Intentemos a continuación revisar con objetividad los elementos de la novela que de tal manera sofocan los dichos sentimientos religiosos en ella expuestos.

---

<sup>2</sup> «La Regenta». Ed. cit., pág. 202.

<sup>3</sup> «La Regenta». Ed. cit., pág. 311.

<sup>4</sup> «La Regenta». Pág. 108.

<sup>5</sup> «La Regenta». Pág. 457.

*¿Anticlericalismo?*

Si anticlericalismo es considerar a los sacerdotes como hombres a secas, con sus vicios y virtudes personales, sin que la sotana sirva de tope respetuoso para el análisis, «La Regenta» es una de las novelas españolas más anticlericalistas. Sin embargo, en nuestra modesta opinión, conviene tener en cuenta una serie de salvedades y distingos, que servirán para matizar esta apreciación. Examinemos las siguientes consideraciones:

1.º Al escritor-artista y psicólogo le es lícito sondear el alma de todo ente humano. sea cualquiera su potestad o estado. Ello, además de vía de creación, es una aportación a la verdad del conocimiento humano. En el siglo XIX la preocupación por el ente sacerdote está de moda; ello es un imperativo cultural de la época, entonces sólo censurable si era tendencioso, si faltaba a la verdad relativa. «Clarín» hijo de su tiempo, en «La Regenta» como en las obras menores de distinto signo, gusta de centrar su observación e imaginación en sacerdotes. Ello supone a todas luces:

a) Una preferencia de la verdad humana (según los autores) al respeto por la Iglesia y sus sacerdotes. Más escritor que católico, «Clarín», como la mayor parte de nuestros escritores de este tiempo, no limita su campo de observación.

b) Por ende, en «La Regenta», el sentimiento religioso — cristiano — de Alas, que ya hemos apuntado, no puede calificarse concretamente de católico, aunque tampoco sea notable excepción y le sirva de atenuante la moda de su tiempo.

Pero lo que más interesa aclarar es esto: ¿Es «Clarín» tendencioso al tratar de clérigos? Difícil problema es éste si se estudia con responsabilidad. Por lo que se refiere concretamente a «La Regenta», justo es decir, que todos los sacerdotes que en ella aparecen, a excepción del obispo (no recordamos que «Clarín» haya pintado jamás ningún obispo malo en su obra narrativa) padecen unas deficientes condiciones morales. Ninguno de ellos es un ejemplo de edificación... El mismo obispo de «La Regenta» es santo,

pero se nos presenta como viejo, lelo y de pocas luces. A primera vista, buena prueba es ésta para asentar la tendenciosidad anticlericalista de «La Regenta»... pero antes de cancelar este criterio, convendría hacernos esta última pregunta: ¿Es que los personajes no religiosos de la novela gozan de mayor altura moral? No, de ninguna manera. Ana Ozores, que es sin duda la mejor persona de la fábula, con todos los atenuantes que se quiera, es una adúltera. Las demás buenas personas de la obra, tales como Quintanar, y Frígilis, resultan unos viejos maniáticos e idiotizados por el estilo del obispo. Este equiparamiento de los dos estados, religioso y civil, ya nos dice algo. Lo que llamamos crítica del hombre y el pesimismo con que ve «Clarín» la sociedad humana, son otros factores a tener en cuenta. Puede añadirse que «Clarín» trata con acritud, no solamente a los clérigos, sino también, a los personajes clericalistas de la novela. Pero ¿es que trata con más benevolencia a los personajes de su ficción de ideología liberal o atea como Foja y Barinaga? Desde luego que no. Por todo lo dicho, mucho nos tememos que resulte expuesto el tratar a «Clarín» en «La Regenta» de anticlerical tendencioso. De poco respetuoso—como no lo sería un militante del catolicismo—sí, pero de ahí a considerarle un anticlerical fanático y tozudo hay notable diferencia. Ni por su inteligencia, ni por su buen gusto, ni por el fondo religioso pluralmente patente en todas las épocas de su creación, podría adoptar Alas tan torpe e ininteligente actitud de una manera reflexiva. Y ya veremos al estudiar el resto de la obra clariniana, junto a sacerdotes poco recomendables como De Pas, sacerdotes ejemplares, como el de «El Señor» o de «El sombrero del señor cura». Y es que sin estar bien familiarizados con la técnica naturalista de hacer novelas, y con las variaciones «térmicas» de la religiosidad de Alas a través de su vida, es arriesgado juzgar con energía la materia que nos ocupa.

Imaginemos a un escritor joven y poco arrimado a la iglesia, como entonces era «Clarín», en trance de hacer «un documento humano» sobre la aristocracia y alto clero de Oviedo. Según la

ortodoxia zolesca, debía penetrar en los entresijos del alma de sus personajes; urgar en sus pasiones, creencias, ambiciones, debilidades, atavismos patológicos, influencias ambientales, etc. Si el objeto literario era un sacerdote, había que explicar cómo en su alma influían las vísceras y las glándulas, cómo y en qué medida se debía a su familia y demás lazos terrenales. Y claro está, cuando se quiere afinar en el análisis de las almas, mal se ha de dar para que no salgan trapos sucios a relucir con poco empeño que se ponga en ello.

No obstante todo lo dicho a manera de atenuante desapasionado, esta novela, en lo que toca a lo clerical, resulta un tanto descarnada, al menos vista desde hoy. Y responde a un cierto aclericalismo de Alas a lo largo de toda su obra narrativa, paralelo a su también inalterable sentir religioso, y amor por ciertos tipos de sacerdote, como ya veremos que le son peculiares.

### 3. PENSAMIENTO RELIGIOSO DE «CLARÍN» A TRAVÉS DE SUS CUENTOS

Al continuar el estudio de las ideas religiosas de «Clarín» a través de su obra narrativa, echamos una ojeada a uno de sus cuentos de más antigua cronología que conocemos del autor: «Doctor Angélicus», publicado en «La Ilustración Española y Americana» el 8 de agosto de 1881, es decir, cuatro años antes que «La Regenta». Esta narración que es de lo peorcito de Alas, en su conjunto, no tiene ningún interés en el aspecto que nos ocupa, pero sí lo tiene una frasecita del personaje central al referirse a sí mismo que resulta interesantísima. La frase en cuestión es ésta: «Me acordaría de mi infancia, de mi madre, de mi Dios, a quien adoré de niño, a quien olvidé de joven y a quien busco de viejo»<sup>1</sup>. ¡Vaya broma! De mo-

---

<sup>1</sup> Incluido en «El Dr. Sutilis». Ed. Renacimiento. Madrid 1916. Pág. 108.

do, que según ello, «Clarín», a los veintinueve años—si hacemos caso a los comentaristas de las famosas etapas—ya da la forma de cómo reaccionaría él mismo, en su sentir religioso quince años después, es decir, en el ocaso de su vida, cinco años antes de morir. He aquí una prueba más de lo peligroso que es hacer filosofía fundándose en obras de imaginación... y de cómo la famosa carta de Unamuno muy bien pudo ser para Alas un recordatorio de una idea «autotópico». Pero sea como quiera, ello abunda en nuestra tesis en demostración de que la religiosidad de Alas, más o menos ortodoxa, es una vertical en su vida y no una serie de estadios horizontales, al menos en su obra narrativa. Examinemos otros cuentos.

En *Pipá*, ¡otra vez!, nos aparece el Dios de la infancia, perdido luego con los años:

«Del Dios bueno recordaba el pillastre vagamente que le hablaba su madre cuando él era muy pequeño y dormía con ella... Pipá, recordaba también que estas creencias que había admitido en un principio sin suficiente examen, se habían ido desvaneciendo con las contrariedades del mundo, pero en forma muy distinta había seguido sintiendo al Dios bueno»...<sup>2</sup>

Pero el problema fundamental que respecto a lo religioso plantea «Pipá» es otro. Aquí «Clarín», en distintas afirmaciones, unas más directas que otras, delimita, muy influenciado por Renan, lo que en la Religión Católica hay de puro—según él—y lo que hay de adquirido y acumulado por los humanos: «No era Pipá hereje, porque no se había separado de la Iglesia ni de su doctrina, como sucede a tantos y tantos filósofos que no se han separado tampoco (porque no han entrado, o sus doctrinas, si pugnan con el dogma que ejercen los humanos, no así con la idea de Dios y doctrina de Cristo)»<sup>3</sup>.

Hasta el 1893, no aparecen, según la deficiente cronología que

---

<sup>2</sup> «Pipá». Ed. F. Fé. Madrid 1886. Págs. 22 y ss.

<sup>3</sup> «Pipá»: Pág. 16.

hemos podido conseguir de los cuentos de Alas, un cuento referido más o menos concretamente a asuntos religiosos. En este año están fechadas buena parte de las narraciones que figuran en el tomo «El Señor... y lo demás son cuentos», colección publicada sin fecha y que creemos con J. Cejador<sup>4</sup> que muy bien pudiera haberse editado el 1893, o muy poco después, en contra de la opinión de Andrés González Blanco<sup>5</sup> que la cree muy posterior.

En «La rosa de oro» publicada en «El Imparcial» el 10 de julio de 1893, tres años antes del 96, fecha esta ecuador de su vida espiritual, según los comentaristas, aparece un sacerdote católico extraordinariamente ejemplar. Nos referimos al Papa, protagonista de esta obra, tratado con la más amorosa delicadeza.

«Pues el mundo que le rodeaba (al Papa) era materia preciosa para él, por ser obra de Dios».

Este Papa es tipo, por lo bueno e ingenuo, análogo al Obispo de «La Regenta». Recuérdese:

«Hacía justicia iluminándolo todo; lavándolo todo. No había de haber manchas; no había de haber oscuridades»<sup>7</sup>.

En todo este cuento de «La rosa de oro», hay una tiernísima poesía referida a la Iglesia y a su ritual que lleva a Dios. Analicemos a continuación, en el mismo aspecto, otros cuentos de Alas.

El primer cuento «*El Señor... y lo demás son cuentos*», se titula «El Señor». No tengo su cronología, pero todo él constituye un estudio delicado de un perfecto sacerdote. Y es curioso que este librito, titulado de una manera tan equívocamente renaniana: «El Señor... y lo demás son cuentos», no considere a los sacerdotes y otros elementos de la Iglesia «cuentos» como parece sugerir el dicho titulillo:

«Hasta el señor Obispo, varón austero, que andaba por el tem-

---

<sup>4</sup> J. Cejador. «Historia de la Literatura Castellana». Ed. R. de A. B. y M. (1915-1922) Madrid. Tomo IX. Págs. 263 y ss.

<sup>5</sup> A. G. B. «Estudio crítico de «Clarín» (La novela corta). Número 250.

<sup>7</sup> «La Regenta». Ed. cit. Pág. 210.

plo como temblando de santo miedo a Dios, más de una vez...»<sup>8</sup>

Véase una identificación más de la Iglesia con la poesía:

«O yo observo mal, o los niños de ahora no suelen tener altares. Compadezco principalmente a los que hayan de ser poetas»<sup>10</sup>.

El ejemplo que transcribo a continuación aclara muy bien la equilibrada posición que ante el clero adopta Alas en esta narración. Lo más que puede imputársele es el que como naturalista, aborde los más humanos aspectos del hombre sacerdote: «Comenzó a observar lo que nunca había observado antes, que sus compañeros (los sacerdotes) luchaban con las tentaciones de la carne... Por fin sintió la carne y triunfó de ella, como los más de sus compañeros, por los mismos sabios remedios dictados por la santa y tradicional experiencia»<sup>11</sup>.

Ahora bien, junto a tanta ecuanimidad católica, Alas, de pronto, no tiene inconveniente de enjuiciar a la Iglesia de forma un tanto personal y tendenciosa:

«En rigor, todo el amor cristiano era así: Amor doloroso, amor de luto, amor de lágrimas»<sup>12</sup>.

El amor platónico que siente por Rosario el protagonista de este cuento—el P. Juan de Dios—no tiene nada de sacrilego. Nada espera ni nada desea de Rosario. Toda la narración es el estudio de la psicología de un bendito sacerdote, que como un eco de su amor a Dios, siente amor platónico por una chica a la que nunca habla hasta el día de la extremaunción.

Pero en el cuento titulado «El protesto», comprendido en esta misma colección, con zumbona ironía, se refiere a los pocos escrúpulos que muestra un párroco al aceptar para su iglesia un dinero de turbia procedencia. Allí se dicen cosas de tan doble filo como las que siguen: «No porque los curas fuesen generalmente amigos

---

<sup>8</sup> «El Señor... y lo demás son cuentos». Ed. Colección Universal. Madrid-Barcelona. 1919. Números 74 y 75. Pág. 7.

<sup>10</sup> *Ibid.* Pág. 9.

<sup>11</sup> *Ibid.* Pág. 17.

<sup>12</sup> *Ibid.* Pág. 26.

del poderoso y cortesano, de la opulencia y el lujo, sino porque es claro que, siendo misión de una parte del clero pedir para los pobres, para las causas pías, no han de postular donde no hay de qué ni han de andar oliendo donde no se guisa»<sup>13</sup>.

En «Cambio de luz» publicado en el mismo tomo de «El Señor...» y el 3 de abril de 1893 en «El Imparcial», nos pinta a su protagonista, don José Arial, presó de la duda religiosa: «Sus estudios filosóficos, sus experimentos y observaciones... habían desenvuelto en él de modo excesivo el espíritu de análisis empírico; aquel enamoramiento de la belleza plástica, visible, le habían llevado, sin sentirlo, a cierto materialismo intelectual contra el que tenía que vivir prevenido. Su corazón necesitaba fé, y la clase de filosofía y ciencia que había profundizado le llevaban al dogma materialista de ver y creer»<sup>14</sup>.

Al fin de la narración, cuando Jorge queda ciego, desaparecen sus dudas, y cree fielmente en Dios:

«Bien claro estaba que el pobre ciego tenía dentro del alma otra luz, luz de esperanza, luz de amor, de santo respeto al misterio sagrado»<sup>15</sup>.

Estamos aquí ante la más clara expresión del sentimiento religioso de Alas en su obra narrativa... Pero poco deja traslucir de la identidad de este Dios con el católico... El protagonista duda de Dios, y, al fin, cuando el análisis racionalista se interrumpe, siente a Dios plenamente, pero es un Dios suyo, un Dios personal, no identificado con el de ninguna religión positiva.

No participó «Clarín»—según se refleja en su obra narrativa—de tendencias novadoras y revolucionarias en lo que toca a la moral cristiana. Véase este trozo de su cuento «Rivales»: «La moral corriente, como se llama con estúpido menosprecio a la moral

---

<sup>13</sup> *Ibid.* Pág. 100.

<sup>14</sup> *Ibid.* Pág. 69.

<sup>15</sup> *Ibid.* Pág. 69.

producida siglo tras siglo por lo más selecto del pensamiento y corazón humanos»<sup>16</sup>.

En su cuento «Yernocracia» hay unas líneas que constituyen una de las más entusiastas declaraciones cristianas de Alas: «Nadie es utopista ni revolucionario en su casa; nadie que haya llegado al amor real de la familia. Nadie habla allí de corregir los defectos domésticos con ríos de sangre; ni se reforma sacrificando miembros podridos... ni se conoce la pena de muerte y puede decirse que no hay familia real donde, habiendo hijos, sea posible el divorcio. ¡Oh lo que debe el mundo al cristianismo, no se ha comprendido bien todavía!»<sup>17</sup>.

Y no falta un reconocimiento del mérito católico:

«Fuera... de unas cuantas docenas de santos, se me antoja, que hasta ahora, en la Humanidad nadie ha querido de veras... a la sociedad, a esa abstracción fría que se llama «los demás»: el prójimo»<sup>18</sup>.

Examinemos ahora la colección de cuentos publicados con el título de *Cuentos Morales* el año 1896. Todas las narraciones de este tomo que he conseguido cronologar aparecen en revistas durante los años de 1894 y 1895. Conviene concentrar la atención sobre los cuentos contenidos en este volumen ya que en él localizan los críticos la «conversión» de Alas. En ello ha influido muchísimo el famoso prólogo del propio «Clarín» que con frecuencia ha sido tomado como una pública profesión de fe. Aunque el análisis de dicho prólogo, por lo que tiene de obra no narrativa, no debe ser objeto específico de nuestro análisis, sí consideramos oportuno trasladar aquí la parte del texto que más concretamente se refiere a Dios. De ello tal vez saquemos alguna conclusión interesante.

«La sinceridad me hace traslucir en casi todas mis narraciones

---

<sup>16</sup> *Ibid.* Pág. 117.

<sup>17</sup> *Ibid.* Pág. 111.

<sup>18</sup> *Ibid.* Pág. 164.

otra idea capital que hoy me llama más al alma (más y mejor) ¡parece mentira! que el amor de mujer le llamó nunca. Esta idea es la del *Bien* unida a la palabra que le da luz y calor: Dios. Cómo entiendo yo a Dios es muy largo y algo difícil de explicar. Cuando llegue a la verdadera vejez, si llego acaso, dejándome ya de cuentos, hablaré directamente de mis pensares acerca de lo Divino.

Jamás las cosas raras y profundas que el amor de mujer me hizo sentir en la juventud, fueron algo tan dulce, tan suave, tan de las entrañas, tan mío, como esto que ahora siento y pienso a veces, y que no va con ella sino con Dios y con el universo suyo. Mi leyenda, mis ensueños de la idea divina, ya empezaron cuando empezaban mis ensueños amorosos de don Juan por dentro y a todas mis dulcineas he ido siendo infiel; y mi leyenda de Dios queda, se engrandece, se fortifica, se depura, y espero que me acompañe hasta la hora solemne, pero no terrible, de la muerte».

Las conclusiones a sacar de este prólogo son las siguientes, e mi entender:

1.<sup>a</sup> ... «mis ensueños de la idea divina ya empezaron cuando empezaban mis ensueños amorosos de don Juan». (Es decir, en la niñez, prácticamente).

2.<sup>a</sup> «Mi leyenda de Dios queda, se engrandece, se fortifica...»

3.<sup>a</sup> «Como entiendo yo a Dios es muy difícil de explicar».

Sin más comentarios, estos tres asertos de Alas: permanencia, crecimiento más o menos progresivo de la idea de Dios y confusionismo de esta idea, responden a lo que hasta ahora nos va acusando su obra narrativa... Como dato curioso conviene tener en cuenta que su famoso «Viaje redondo» fué escrito en este mismo año de exaltación religiosa...

En el cuento titulado «El frío del Papa» (publicado en el «Imparcial» el 4 de diciembre de 1894 e inserto en el tomo que nos ocupa de «Cuentos Morales», página 193), aparece un personaje cuyo sentir religioso viene a coincidir con el último «momento» del «Viaje redondo» y representa la vuelta a ese cristianismo de «Clarín» tan difícil de explicar:

«Aurelio Marco llegaba a la vejez y su espíritu necesitaba un báculo; tenía canas en el pensamiento de nieve; huyendo de pretendida creencia positiva, que niega y profana lo que explica, había vuelto, no a la confesión dogmática de sus mayores, pero sí al amor y respeto de la tradición cristiana; no entraba en el templo por no profanarlo, se quedaba en la puerta, aterido. Asistía al culto por fuera, contemplando la austera y dulce arquitectura de la torre gótica, himno de sincera piedad musical, inefable» (sin duda pensaba en la torre de la catedral de Oviedo. Los requiebros que aquí le dedica son muy parecidos a los utilizados en «La Regenta»...). «Mas tales pensamientos, tales ideas de lo que llamaba él el buen sentido religioso, no le calentaban el corazón, como en su juventud borrascosa, borrascosa por dentro, se lo calentaban hasta abrasarle los relámpagos de la fe poética, espectante, personal, originalísima, que brillaban a veces entre las tinieblas de sus dudas y negaciones. Ahora, pensaba, sentía mejor, más sencillamente, con más prudencia, con más caridad para las ideas contrarias; se ajustaba sin duda al justo medio, a la sabia parsimonia... pero ¡qué frío!... ¡Oh! si yo pudiera... aunque fuese soñando, volver a creer esto mismo que ahora siento... y no creo. ¿Por qué en mí la poesía y el amor son creyentes y no lo es la inteligencia? Si me viera por dentro ¿vería en mí la Iglesia un enemigo?»<sup>19</sup>.

Consideramos muy interesante esta delimitación que hace Alas de su religiosidad sensitiva y no religiosidad intelectual. Este dominio de su racionalismo crítico sobre su sensibilidad valdría para no atenernos a ninguna clasificación dogmática de sus oscilaciones religiosas, ya que éstas toman el color del factor dominante en un momento dado: racionalismo o sensibilidad, al menos en su obra de imaginación.

En «Un Grabado», cuento del mismo tomo, leemos lo siguiente:

«La idea de la realidad, el universo sin cariño paternal, era de-

---

<sup>19</sup> «El frío del Papa» (Cuentos Morales) Ed. cit. Págs. 195-196.

masiado horrorosamente miserable para no ser falsa»<sup>20</sup>.

En todo este cuento «Un Grabado», se repite una vez más ese camino exclusivamente cordial de llegar a Dios, con absoluto agnosticismo, con la cabeza siempre luchando con lo que el corazón anhela. En Alas es constante esta lucha de un corazón enormemente sensitivo, contra un cerebro potente, en constante acción. Es el amor, el amor a los hijos y el amor a la Naturaleza los que llevan a «Clarín» al sentimiento de Dios... pero la cabeza... eso es otra cosa. «Clarín» con la cabeza, sea en la época que sea, enjuicia a la Iglesia, a sus sacerdotes, beatos y ritos, a través de su obra narrativa, al menos, con la mayor frialdad especulativa.

*El Cura del Vericuetto* es otro cuento en el que el sacerdote está pintado simplemente como un hombre. Ni carga la mano en él como anticlerical, ni lo idealiza como un incondicional. El cura-hombre de esta narración es más celoso de sus deberes de caballero que de los de sacerdote. No cumple mal su sacerdocio, solamente lo posterga a segundo lugar, lo condiciona a su misión vocacional que es la de *hombre* formal para con sus compromisos humanos ante todo. El Magistral de «La Regenta» está absorbido por la ambición y el erotismo; el sacerdote de este cuento está esclavizado a su compromiso de pagar una deuda de juego. A ello subordina su misión religiosa, haciéndose comerciante y aguantando las injurias de sus feligreses. He aquí lo que dice en su testamento: «Iré acaso al infierno, sí, pero iré sin trampas; como un mal sacerdote y como un buen caballero»<sup>21</sup>.

Este desenfoque vocacional está justificado por Alas al relatar-nos la biografía del sacerdote:

«Fuí sacerdote sin gran vocación, pero también sin repugnancia, con fe bastante para tomar en serio la estrecha disciplina de mis deberes. La vida que me esperaba no me parecía muy diferente de la que de todas suertes hubiera yo escogido y sólo en el

---

<sup>20</sup> *Ibid.* Pág. 151.

<sup>21</sup> «El Cura del Vericuetto» (Cuentos Morales). Ed. cit. Pág. 57.

capítulo de la carne ví un poco de cuesta arriba; pero esto ya cuando le había tomado el gusto a la carrera... Si al principio la vida del seminario me disgustó un poco, fué por la libertad campesina que me faltaba, no por el rigor del régimen eclesiástico; por fin, el hábito, el compañerismo, hicieron de mí un *cuervo* entusiasta, sincero, de aplicación más que mediana, si no modelo de virtudes, tampoco escándalo de la santa casa donde había muchos como yo que si transigían con el diablo muchas veces, rescataban los pecados con la debida penitencia, muy sincera, y no pocas veces vencían en aquellas luchas en las que la tentación no era ni tan fuerte ni tan hermosa como suelen figurarse los profanos que escriben cosas de literatura a costa de los clérigos. Nunca había yo soñado con casarme; y aún en el tiempo que era libre y podía dejar el seminario, jamás se me pasó por las mientes echar de menos el matrimonio y las cáfilas de hijos con sus docenas de muelas, y los apuros del hambre, y las carreras, y las bodas de las hijas, etc. (Aquí el comerciante que había en el cura, comerciante truncado). De todo esto había visto sobrado en mi casa... No, el matrimonio no era una tentación; pero es claro que una cosa es el matrimonio y otra la mujer... Yo no sé lo que pasará por los demás clérigos que no sean muy buenos, pero por mí, que era mediano, pasó esto que declaro, casi sin darme cuenta de ello... sin gran esfuerzo ni solemnidades de conciencia contraí el compromiso de castidad que me liga a mi estado. Después la experiencia me enseñó que no era tan fiero el león como lo pintaban. Si primero hubo lucha, no muy encarnizada; y no fué siempre la victoria de la virtud, las batallas ganadas por el bien eran las más... (Luego) encontró la concupiscencia un derivativo en el inmoderado afán de dinero que no podía tener en mí otra forma que la del juego... Los apuros pecuniarios que habían sido el tema constante de preocupaciones familiares en la casa paterna habían dado como un tinte amarillento a todos mis actos y deseos... Las tentaciones del amor fueron para mí tortas y pan pintado en comparación de las tentaciones del oro».

Junto a los cuentos anteriormente comentados, «El frío del Papa» y «Un Grabado», con tan suave trémolo religioso concebidos, aparece este *Cura del vericuetto*, publicado en el mismo año 1894, tan realista en su forma de enfocar el tema religioso. Pero por si alguien es capaz todavía de continuar creyendo en la famosa gráfica de la creciente religiosidad de Alas, a continuación vamos a comentar una nueva narración de nuestro autor: «El Cristo de la Vega... de Ribadeo» publicado el 1 de enero de 1898, en «El Madrid Cómico», es decir, tres años antes de morir y habiendo llovido ya mucho desde la lejana *conversión* que han acusado los críticos, y que es de lo más anticlerical y apasionado que ha escrito Alas, incluida «La Regenta», ya que en ésta quedaban breves resquicios de idealidad y en «El Cristo...» no queda ninguna. Veamos algunos fragmentos:

«Facundo puso cerco a la plaza (la novia rica) y la tomó, por el valor del propio mérito plástico, en parte, y con la ayuda de dos párrocos, un coadjutor y un cabecilla carlista»<sup>22</sup>.

«También hizo oposición a una cátedra y la ganó como podía haber ganado un jubileo o indulgencia plenaria. Los ejercicios fueron unos fervorines, varias novenas, y casi, casi, las mismas de San Gregorio. Esto en la parte positiva: en la negativa, que era su fuerte, aquello fué las Navas de Tolosa o la Batalla de Lepanto. ¡Pobre Kant! ¡Pobre Voltaire! (todavía), pobre Hegel, pobre Jovellanos, pobre Sanz del Río, pobre Pí y Margall, pobre humanidad librepensadora o por lo menos liberal o amiga de la desamortización por lo mínimo. Con todos aquellos cientos de pensadores, estadistas, literatos», etc., etc., «Facundo se portó como un Vargas Machuca. El Cristo, el crucifijo de encima, chorreaba sangre y tenía incrustaciones de hueso, de esquirlas, adornadas con piel humeante de liberal y ortodoxo». (Por fin Facundo llega al juicio final). «El Juicio Supremo para él era una ceremonia, como la de

---

<sup>22</sup> «El Cristo de la Vega de... Ribadeo» (El Señor... y lo demás son cuentos). Ed. cit. Pág. 57.

hacerse doctor. Está convencido de que se salva, con los más favorables pronunciamientos. Por fin le llega la vez... ¿Qué ve frente de ahí?... Un crucifijo clavado en una pared, cubierta de paño negro... El crucifijo es el suyo... pero ha crecido. Es de tamaño natural. De repente, sobre la encina de la cruz, la encina del crucificado empieza a transformarse en carne ¡pero qué carne! Carne macerada, carne atormentada... Todas las llagas que reza la piedad están sangrando, pero además ¡cuántas otras! ¡Y qué de huesos rotos! Un fémur quebrantado; la frente con diez agujeros, una mandíbula desencajada, un ojo colgando... y sangre, sangre brotando de todo el cuerpo...

—¡Facundo, mira como me has puesto! —exclama una voz de agonía... Un minuto después, Cucañín ingresaba en el infierno... que no existía antes, pero que se inventó para Facundo que tanto lo había deseado para los demás»<sup>28</sup>.

No es preciso analizar más composiciones narrativas de Alas ya que hemos aportado bastantes elementos de juicio para que nuestra tesis sea convincente en el aspecto religioso que nos ocupa. Resumiendo, creemos que en la obra narrativa de «Clarín» —y probablemente en su vida— se dan, en cuanto a lo religioso, dos fenómenos paralelos e infinitos:

1.º Sentimiento innato e imperecedero de Dios, de un Dios poco clarificado y desde luego no adscrito con decisión a ninguna religión positiva. A El llega con frecuencia a través del arte, y la poesía de la Iglesia Católica; a través del amor a la familia; a la Naturaleza; a la Humanidad, a través de algún sacerdote ejemplar.

2.º Una posición crítica, racionalista, sarcástica a veces frente a la Iglesia y sus sacerdotes.

Ambas posiciones no transitan por el alma de Alas de manera uniforme y regular, sino que una y otra sufren súbitos y temporales abultamientos y depresiones, variaciones éstas no sujetas a lo

---

<sup>28</sup> *Ibid.* Págs. 57 y ss.

largo del tiempo a progresiones o regresiones uniformes, sí anárquicas y temperamentales.

Cuando los sentimientos religiosos del autor están más diluídos, como en «La Regenta», por ejemplo, pueden, sin embargo percibirse ciertos rayitos de sol; cuando estos sentimientos son más pujantes, surgen sus creaciones de absoluto contenido religioso y moral, como «Viaje redondo», «Un grabado», «El frío del Papa», etc... Cuando su posición crítica ante la Iglesia amaina, nos retrata sacerdotes dulcísimos, aunque humanos; cuando se encrespa, aparecen en sus páginas sacerdotes y beatos ennegrecidos, con todas sus lacras humanas a la vista...

Creemos, que solo teniendo en cuenta estas dos corrientes del espíritu de Alas, con sus distensiones y extensiones, puede uno aproximarse a la verdad absoluta. Corrientes longitudinales y *uniformes en su vida*; no transversales y graduales.

FRANCISCO GARCIA PAVON